



EPISODIO

DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA.

I.

En una humilde choza situada entre Arlaban y Salinas, vivían dos niños cuyo padre, que tendría cincuenta años, los había abandonado por seguir á Mina, siempre ocupado en hacer cara á los enemigos de nuestra independencia.

Luego que los dos niños, el mayor de los cuales tenía quince años y el otro doce, se vieron sin protectores, sin parientes, pues hasta su pobre madre había muerto, comprendieron que debían amarse y defenderse mutuamente, y en una edad tan tierna en que el corazón se abre á sentimientos dulces y puros, se juraron eterna amistad.

Tomas, como el mayor, se hizo cargo de la dirección de la casa, y todas las mañanas, *caballero en su borrica*, como decía sencillamente, se dirigía á los pueblos inmediatos á fin de vender las frutas y hortalizas de su huertecillo, huevos y alguno que otro pollo. Era tan guapo, que al oírle decir: «huevos frescos! ¡tomates y lechugas! á las buenas peras!» muchos se acercaban á comprarle, y Tomas volvía alegre á la choza, enseñaba á su hermano los cuartos y monedas de plata, sacaba de la faltriquera alguna golosina que partían entre ambos, y decía á Javier:

—Pronto te compraré un tambor.»

Palabras que Javierillo oía saltando, porque aquellos dos niños tenían disposiciones bélicas, y todos sus juegos se resentían de semejante manía. Así es que luego que ponían la puchera y la espumaban, luego que echaban un pienso á la burra y rociaban algunos granos de trigo ó cebada entre las gallinas, Tomas se cubría la cabeza con un sombrero de tres picos hecho de papel, montaba en un palo de escoba, blandiendo un sable de madera que él mismo había hecho, y mandaba el ejercicio con voz sonora á Javier, el cual, derecho como una estaca, y provisto de una vara muy larga, se mantenía firme, con la vista clavada en su gefe.

Á la voz de mando, se ponía en movimiento la columna, daba dos vueltas á la casucha, y despues arremetía al contrario trabándose entre ambos enemigos una obstinada lucha. Cuántas veces el vencido, derribado en tierra, imploraba la piedad del vencedor! Cuántas veces este, asustado de un golpe algo fuerte, cubría de besos y de lágrimas la parte en que había puesto la mano!.... Tomas, como mas alto y mas robusto que su hermano, por precisión llevaba la ventaja en la lucha; pero jamás hacía uso de la fuerza, y se contentaba con apelar á la astucia, valiéndose de mil estratagemas. Javier acometía, y Tomas se defendía, siempre con el mayor miramiento para no lastimar á su hermano; de suerte que era una escena curiosa la de dos niños, rubios ambos, tan fresco y colorado el uno como el otro, rodando sobre la yerba en medio de ruidosas careajadas, sin cuidarse del porvenir ni acordarse de lo pasado, flores que se alzaban bellas y lozanas en un terreno azotado por la tempestad!

Una noche que se hallaban sentados en la puerta de la cabaña, se presentó ante ellos de pronto un hombre pálido, ensangrentado y con los vestidos hechos pedazos.

—Padre! exclamaron los dos niños á un mismo tiempo.

—¡Silencio! dijo Martin Zubiri, mirando hácia atrás con ojos inquietos; y luego añadió volviéndose á Tomas: «tiéndete boca abajo en medio de esos trigos, y acércate hasta el borde del camino: si ves venir á unos soldados, corre del mismo modo para que no te descubran, y ven á decírmelo.»

El niño comprendió que su padre se hallaba amenazado de

un grave riesgo, y sin decir una palabra desapareció bajo las doradas espigas, las cuales se movían á su paso, como si el viento las agitase suavemente.

Javierillo, cuya inteligencia era menos precoz que la de su hermano, exclamó llorando:

—Padre, padre, quién le ha puesto á V así?»

Pero el partidario, sin responder á su pregunta, le cojió en brazos, y se precipitó en la choza, porque á la luz de la luna había visto brillar el cañon de un fusil. También lo vió Tomas, pues á poco entró en la cabaña pálido y sin aliento.

—Los gabachos! los gabachos!

—Cierra la puerta, repuso el padre, y si vienen aquí, responde que nada has visto.»

Y diciendo estas palabras, Zubiri se metió en una tinaja, que Tomas tapó con todo cuidado, mientras Javier atrancaba la puerta.

—*Ouvrez la porte!* dijeron muy luego los franceses, dando con las culatas de los fusiles.

—No te muevas, dijo Tomas en voz baja á Javier, deja que yo responda.

Y viendo que los golpes menudeaban dijo con voz tranquila:

—Quién es?»

Y al mismo tiempo que se desnudaba apresuradamente, hacía señas á su hermano para que se metiese en la cama.

—*Ouvrez la porte!* dijo una voz amenazadora.

—Estamos acostados, respondió Tomas.

—Tú abrir la porta, ó te corto la pescueza!

Juzgando Tomas que sería inútil cualquier resistencia, se dirigió á la puerta medio desnudo, y la abrió.

Tú tardar mucho en abrir! dijo el primero que entró, sargento de larguísimos bigotes y de semblante esquivo.

—Estábamos acostados, señor oficial, mi hermano y yo, y como no acostumbramos á recibir á nadie tan tarde, tenemos miedo.

—Vus estar solos?

—Solos, señor oficial.

—Vive Dios! dijo el sargento en francés, poniendo el sombrero en la mesa; se nos ha escapado, y despues de dos horas que andamos de cuesta en cuesta, bueno será hacer alto aquí. No os parece bien, camaradas?

Esta proposicion fué acogida con muestras visibles de alegría, y Tomas, adivinando su intencion, dijo:

—Señor oficial, si V. quiere que le enseñe el camino de Salinas, le acompañaré, porque falta poco. Allí podrán VV. descansar mejor.

—No querrer ir Salinas... Nos querrer vino y pan.»

Sentóse el sargento en una mala silla, y viendo que el chico no se movía, le dijo con voz de trueno.

—Vino y pan, ó yo cupar la gañota!

—Aquí no hay vino ni pan, repuso Tomas asustado.

—Tú estar un tunante y un picarro: alon, buscar en la meson.»

Y levantándose de la silla se acercó á la tinaja; pero Tomas se puso delante, pálido y asustado, y saltándosele las lágrimas. El sargento le miró con atencion, y volviéndose á sus camaradas les dijo en su idioma:

—Aquí hay gato encerrado.»

Y apartando á Tomas de un empellon alzó la tapadera de la tinaja. Zubiri al verse descubierto quiso huir; pero veinte brazos se apoderaron de él, sacándole con violencia de su escondite.

—Muera el brigante! gritaron los soldados.

—Perdon! perdon! exclamaron Tomas y Javier en tono de súplica, abrazando las rodillas del sargento, cubriendo con sus pechos el cuerpo de su padre, é interponiéndose entre este y las bayonetas.

—Demonios! exclamó el sargento viendo que no podia librarse de los dos chicos; combien d'interrés á un brigante!

—Es nuestro padre! respondieron Jacobo y Javier, y los soldados, respetando el cariño de tales hijos, dieron un paso atrás; pero el sargento les dijo con voz mal humorada.

—Es un partidario, y necesito cumplir con mi deber: conduzcámose á Arlaban, y que el gobernador del castillo decida lo que tenga á bien.»

Dicho esto, ataron las manos á Martin Zubiri, desoyendo las súplicas de sus dos hijos, y el destacamento se dispuso á emprender la marcha; pero los chicos pidieron permiso para abrazar á su padre, y les fué concedido. Zubiri estrechó á los chicos contra su corazon, cubriéndolos de besos, y desprendiéndose de sus brazos, se volvió á los franceses, gritando con voz entera: viva el rey!»

II.

Hacia una hora que el peloton de soldados habia salido de la choza, y Martin Zubiri caminaba en silencio, mirando á todas partes: do quiera reinaban la calma y la soledad, sin que la luna, velada á la sazón por una espesa nube, alumbrase la campiña. Los soldados iban á dos en fondo y de frente, y tambien entre ellos no se oía una palabra, cuando de repente sonaron dos gritos, uno á la derecha del camino y otro á la izquierda, cayendo varios proyectiles en medio de la tropa. Sorprendidos los franceses, hicieron fuego sin saber á quien, y se arrojaron fuera del camino, de cuya favorable circunstancia quiso aprovecharse Zubiri para escapar; pero el sargento le detuvo con vigorosa mano diciendo:

—Quieto, infeliz!»

Y luego formando un círculo con la tropa que le quedaba, en torno del prisionero, gritó:

—Atencion! en el momento en que trate de huir, fuego! fuego sobre él!»

Volvióse en seguida á un soldado que corria hácia él, y le dijo:

—Qué es lo que sucede?

—Nada, sargento, dos pilluelos que se han divertido en tirar-nos piedras; hemos cogido á uno de ellos, y el otro no tardará en caer en nuestras manos.»

Apenas habia acabado estas palabras, se presentaron los soldados conduciendo á Tomas y Javier, pues ellos eran los que intentaron sorprender á los franceses. Cuando salieron estos de la choza, Tomas dió á Javierillo las instrucciones convenientes, y los dos, uno por la derecha y otro por la izquierda del camino, se lanzaron á través de los espesos matorrales, sin que ningun obstáculo les arredrase: ágiles ambos, ambos valientes y decididos á salvar á su padre con peligro de su propia vida, aunque cubiertos de sangre y de lodo, no repararon en nada, y cuando les pareció oportuna la ocasion, pusieron en planta su tentativa, siendo el resultado prenderles los franceses al momento.

—*Sacré nom de Dieu! venez ici*, pícarros; dijo el sargento con feroz acento: vus tirar pierras á los soldados *del petit caporal*?

—Señor oficial, respondió Tomas, creia que sí de repente..... en medio de la noche... VV tenian miedo...

—*Moi* te comprendo: tú querrer que el brigante sesquivára..... tú non saber que yo povia vus fusilar.

Javierillo se acercó á su hermano como para ponerse bajo su proteccion, y Tomas bajó los ojos sin responder.

—En marcha, camaradas, dijo el sargento, y ojo alerta!»

Y la pequeña columna se puso en movimiento, dirigiéndose á Arlaban, donde los franceses habian construido un castillo, artillándole con cuatro piezas. Ya cerca del pueblo, encontraron al gobernador que con una escolta de caballería entraba en él de vuelta de una expedicion á Salinas. Luego que llegaron á la plaza la escolta del coronel y el destacamento mandado por el sargento Bertrand, al ver el gobernador á los presos, dijo con severidad.

—Qué es lo que traéis ahí?

—Mi coronel, son dos hijos de un brigante que nos han atacado esta noche con el único fin de favorecer la evasion de su padre, á quien traen atado mis fusileros.

—Os han atacado ellos solos?

—Sí, mi coronel, enteramente solos; dando gritos para asustarnos, lo que no es muy reprehensible, y arrojándonos piedras para herirnos, lo cual es de alguna mas gravedad.»

Compadecido el coronel-gobernador de aquellos dos pobres niños medio desnudos, echó pié á tierra, y mandó al sargento le contase circunstanciadamente lo que habia pasado.

—Respecto al padre, dijo Bertrand al concluir su relato, debe ser fusilado por brigante y rebelde: en cuanto á estos pillastres, mi coronel, haced lo que mejor os parezca.»

Tomas, que se habia escurrido entre las piernas de los soldados, se acercó al jefe, y se hincó de rodillas, diciendo:

—Señor coronel, perdone V. á mi padre, que está herido, y no puede hacerle daño alguno. Es un viejo que rogará á Dios por V., señor coronel, y así no le mate V! no le mate V! Y si no, nosotros que somos jóvenes, y que creceremos, vengaremos á nuestro padre, matando á los gabachos... Oh! perdon, mi coronel, pues no sé lo que digo; pero no mate V. á mi padre!»

El gobernador, que era uno de esos hombres generosos que deploran la crueldad de la guerra, no pudo ser insensible á la súplica de Tomas, y le preguntó en buen español, aunque con acento francés.

—Me respondes de que tu padre se estará tranquilo en sus hogares, sin tomar las armas contra los súbditos del emperador?

—Si, mi coronel; y para probarlo estoy pronto á ser soldado, siguiendo á VV. á donde quieran llevarme.

—Y yo tambien! dijo de repente una voz infantil, pero perfectamente atenuada, y el gobernador se acercó á Martin Zubiri, diciéndole:

—Vas á ser libre, mas con una condicion; que no nos hagas la guerra, y te dediques á cuidar á tus hijos. Sobrados valientes tiene ó sus órdenes Mina, para que necesite de los auxilios de un anciano, animoso es verdad, pero debilitado por los años. Aceptas?

—No! dijo Zubiri con aire ceñudo.

Entonces Tomas lanzó un grito, arrebató el sable á un soldado que se hallaba junto él, y poniéndose al pecho la punta exclamó en ademan resuelto:

—Padre, acepte V. ó me mato!

Zubiri al verle cayó de rodillas, murmurando algunas palabras, y el gobernador despues de mandar á los soldados que desatasen al prisionero, dijo á Tomas.

—Con el tiempo llegarías á ser un buen soldado; pero no admito tus servicios, porque ninguno debe hacer armas contra su patria. Vivid en paz, y acordaos alguna vez del coronel Augusto Renó.»

Dicho esto, repartió á los chicos unas cuantas monedas, y montando á caballo se dirigió á su alojamiento, mientras Zubiri y sus hijos se encaminaban á su abandonada choza, decidido el partidario á cumplir su palabra, y enagenados de gozo Tomas y Javierillo, al acordase de que á ellos debia la vida su padre.



CONTRATIEMPOS DEL GENIO.

ERAN un molinero y una molinera, que tenían dos hijos, el uno llamado Luis y el otro Cárlos. Luis era alto, robusto, arreglado y lloron: conocía perfectamente su oficio, y según las trazas debía ser un buen molinero, pero de poca inteligencia. Sabía mucho, pero aprendía con suma dificultad, y como no dotado de energía, le desesperaba el menor obstáculo, pudiendo llamársele un buen trabajador, pero un trabajador como cuantos le habían precedido, un trabajador que sería buen molinero, mas un molinero como su padre, porque no podía aspirar á otra cosa.

Cárlos era de carácter enteramente opuesto, y presentaba un contraste completo con su hermano mayor: vivo hasta rayar en violento, apasionado, perezoso, disipado, pero inteligente, industrioso y confiado en sus fuerzas. Dotado de gran penetración

apenas veía un mecanismo cualquiera, lo comprendía á las mil maravillas, y ya había inspeccionado y descompuesto de mil diferentes maneras el molino de su padre.

El molinero y su esposa querían mucho á su hijo mayor, porque era el mayor, y porque aquellas buenas gentes, á pesar de su afecto á la igualdad de las familias, la comprendían muy poco cuando se trataba de la suya. Censuraban que los antiguos señores diesen toda su fortuna á un primogénito, y les parecía muy natural dejar al suyo la industria en que consistía su única fortuna.

«Sí, decían, nuestro hijo mayor debe heredarnos, porque es un muchacho cuerdo, económico, y él hará que el molino ande bien. El otro es un loco, que se las compondrá como pueda ó como se le antoje: si le dejáramos el molino, á fuerza de componerle y descomponerle, acabaría por convertirle en una pila de leña, y en un mes no molería un costal de trigo. Le haremos molinero, y luego que haya aprendido, irá á viajar, volviendo hecho un *señor*, un *cortesano*.»

Ay! en esto hacían lo que otros muchos padres, quienes en vez de decir: «tenemos un hijo de imaginación ardiente y exaltada, que ha menester los cuidados de la familia para calmarle, tengámosle á nuestro lado, y vigilemos sus pasiones: tenemos un hijo frío, prudente y pacífico, dejémosle á su libre albedrío, que él sabrá seguir su camino....» Ay! en vez de decir esto, tal vez se preparan vivísimos pesares, porque una gran fortuna no se adquiere sin graves riesgos, y los hombres de genio solo triunfan después de mil contratiempos, pruebas rudísimas y penosas privaciones, que jamás debe provocar una familia.

Nuestro molinero y nuestra molinera no pensaban así, y tenían consigo á Luis, que sin cuidarse de saber cómo el molino de su padre reducía á harina el trigo, se contentaba con decir: «tantos costales de trigo molido, producen tal cantidad al molinero.» Y si su padre, algo más inteligente que él, hubiese ido á proponerle un medio nuevo, un mecanismo más sencillo, un sistema de ruedas más poderoso y eficaz, se habría burlado de él, tratándole de visionario.

Carlos, colocado en casa de un molinero, formaba mil proyectos, y pasaba la mayor parte del tiempo en hacer molinos pequeños, ya de viento ya de agua, que por lo regular andaban muy mal, y que le atraían tantas correcciones que un día se rebeló; y juzgando que nada tenía que esperar de su padre, se despidió de su maestro, fué á recibir la bendición paterna, y provisto de un ligero equipage y de un peso duro, se dirigió á la ciudad de Santander.

Ya en ella, buscó trabajo; pero cuando solo tenía tres pesetas, aun no había encontrado donde trabajar.

—«Ah! decía nuestro camarada; es muy duro mantenerse á sí

mismo! No es fácil encontrar trabajo cuando hay ganas de trabajar.» Y pensando en su suerte y en sus padres, añadía:

—Dios mio! ¿por qué mi padre y mi madre no me han dado parte en el molino? Mi hermano era buen trabajador y podía moler el grano: yo hubiera reparado las averías, lo hubiese perfeccionado, y de este modo los dos hubiéramos sido dichosos.»

Por aquel tiempo el molinero, que se iba poniendo viejo, instalaba á su hijo mayor en el molino, y el joven molinero, sin trabajo, sin la menor dificultad hacía que la rueda de molino diese vueltas, y con su natural economía prosperaba, haciéndose uno de los mas ricos del valle de Ontaneda.

—Bien! decía el anciano molinero; ya ves, mujer, como prospera Luis: qué bien hemos hecho en darle el molino!

—Ay! quién sabe lo que Dios tiene reservado al pobre Carlos! decía la buena mujer, cuya ternura maternal era tanto mas viva, cuanto que la ausencia la daba alimento.

—Que se las componga como pueda, repuso el marido; es preciso que estos mozuelos sin prudencia coman obleas para aprender á vivir.

Nuestro pobre desterrado se hubiera dado por muy contento teniendo obleas para comer; mas es el caso que se hallaba reducido á la última extremidad, porque ni tenía dinero, ni encontraba trabajo.

Desesperado, se paseaba por el muelle, formando mil proyectos á cual mas espantosos, cuando oyó decir á dos individuos que iban detrás de él.

—Ya sé que es un buen negocio; pero cómo has de entregar en un plazo tan breve esa obra?

—Cómo? ajustando á todos los jornaleros y peones que encuentre.

—Pero dónde están?

—Ya los encontraremos; no hay que desanimarse.

—Magnífico!... dijo para sí Carlos; se trata de trabajo, y tal vez encuentre que comer. Señores, exclamó encarándose con los desconocidos, si necesitan VV. trabajadores, denme trabajo á mí que no tengo pan, y aseguro á VV. que trabajaré bien.

—Qué sabes hacer?

—Lo que V. me mande.

—Pues vente con nosotros.

Una hora despues Carlos trabajaba en el astillero, donde se estaba construyendo un bergantin. Durante algun tiempo, sus maestros no tuvieron motivo alguno para quejarse de él; pero su indole fué á distraerle de sus ocupaciones, y la manía de perfeccionarlo todo se apoderó del mancebo en tal grado, que perdía una gran parte del tiempo en lo que el maestro llamaba tonterías.

—Por qué, le decían los demás trabajadores, tú que trabajas

tan bien cuando quieres, por qué pierdes el tiempo en cosas que harán que seas despedido?

Los trabajadores le daban estos consejos con interés, porque les gustaba el carácter de Carlos: era bueno para con sus compañeros de trabajo, y cuando tenía una moneda en el bolsillo era de ellos, de suerte que su carácter franco y abierto le había conciliado todos los corazones.

—Por qué? decía Carlos; porque si hallo un medio nuevo de construcción, seré útil al maestro y á todos vosotros, además de prestar un servicio al país, porque en industria no hay pequeños inventos, todos son grandes.

—Será esto muy bueno; pero los inventos nuevos arruinan á los trabajadores.

—En vez de arruinarlos, labran la ventura de un gran número; y para las masas se debe trabajar... No seamos egoístas nosotros pobres jornaleros, cuando hay tantos que lo son.... Mirad, amigos, ya que habláis de esto, voy á daros una buena noticia. Ya sabéis que el maestro nos dijo ayer, que por no estar concluidas las poleas, no podia botar el bergantin para el veinte de este mes.... Pues bien, yo he descubierto el medio de hacer al día las poleas que sean necesarias.

—Y cómo te las compondrías?

—Las haria fabricar de vidrio.

—Vamos, tú te chanceas.

—De ningun modo. El vidrio, empleado de una manera compacta y sin contacto con cuerpos duros, es tan sólido como el hierro, y mucho mas fácil de trabajar que la madera: además, es muy propio, por el bruñido que se le dá, para las maniobras del cordaje.

—Oh! si salieras adelante con tu descubrimiento, nos arruinarías á todos, dijeron los trabajadores.

—Al contrario, nuestro maestro podria hacer mas buques, y vosotros tendríais mas trabajo.

—Con estas razones no comen nuestras mujeres y nuestros hijos.»

Al día siguiente, á pesar de las amenazas de sus compañeros, Carlos comunicó su proyecto al maestro, el cual comprendió la utilidad de semejante invento; lo ensayó, y se convenció de lo fácil que era ejecutarlo; pero apenas quiso ponerle en práctica, los carpinteros de ribera acudieron en tropel, se amotinaron contra el infortunado inventor, se quejaron, y dijeron al maestro que optase entre ellos y Carlos.

Víctima de su superioridad, Carlos fué despedido, y se halló en la calle sin dinero y sin trabajo.

Durante este tiempo, su hermano continuaba en su molino, y hacia sus ahorros sin mas esfuerzo que el de poner el trigo debajo de la rueda.

Cárlos, sin desanimarse con semejante revés, se dijo:

—Puesto que mis camaradas no me comprenden, trabajaré solo.

Y á fuerza de cuidados y de aplicacion fabricó un molino de mano, con el cual un niño podia moler en algunas horas grano para el consumo de toda una familia.

—Al fin, dijo cuando acabó su molino, he hecho una cosa útil que me dará con que comer, y aun para socorrer á mis compañeros que no tengan pan.»

Y como la lechera de la fábula, formaba los proyectos mas risueños.

Trató en seguida de vender su invento; pero unos no lo comprendian, otros sostenian que no valia nada; aquí le hablaban del privilegio de invencion, allá le pedian dinero para ponerle en ejecucion, y cansado de tanta ignorancia é indiferencia se dijo:

—Mi hermano tiene el molino de nuestro padre, y hace su negocio: es verdad que no tenemos las mismas ideas; pero hemos nacido de una misma madre, y voy á escribirle que me ayude para ejecutar mi molino.

Y escribió:

«Querido hermano: desde que dejé la tierra, no he sido dichoso, pero no me ha faltado valor, y estoy á punto de conquistarme, si no una fortuna, á lo menos alguna cosa: para ello necesito que me favorezcas, pues con tu auxilio podré sacar un privilegio de invencion, y labrar mi suerte. Sé que diriges el molino de nuestro padre, y en vez de sentirlo, como nuestro padre y nuestra madre te nombraron su heredero, respeto su voluntad, y no es un derecho el que reclamo, sino que te pido me hagas un servicio que te agradeceré en gran manera. Envíame pues algun dinero, y despues de Dios, á tí te deberé mi fortuna.

«Tuyo de corazon tu hermano

Cárlos.»

Nuestro infeliz mancebo aguardaba con inquietud la respuesta de su hermano; pero como todos los hombres de imaginacion viva y de corazon generoso, abrió su pecho á las mas risueñas ilusiones. Cómo se quedaría al recibir la carta siguiente!

«Hermano: me hablas de tus proyectos, y mejor quisiera oirte hablar de tus ocupaciones..... Nuestra posicion y la educacion que recibiste, te han hecho artesano, tu orgullo quiere hacerte inventor de no sé qué cosa, y Dios te castiga haciéndote desgraciado, lo cual debe suceder á todos los vanidosos como tú. Me hablas de la herencia de nuestro padre, á quien sostuve, lo mismo que á mi madre, y me pides que envíe algun dinero: vosotros los que vivís en las ciudades, creéis que ganamos montes de oro, y yo puedo decirte que no sé cómo salir de los apuros que me rodean.

«Tu hermano

Luis.»

Cárlos no se desanimó con tanta dureza, porque su hermano mentía: sus negocios iban viento en popa, y no se vendía un pedazo de tierra, sin que él lo comprase, ni dejaba de aprovechar cuantas ocasiones se le presentaban de hacer fortuna. Se armó pues de valor el desventurado Cárlos, y harto lo necesitaba, pues á poco supo que en Francia acababa de hacerse el descubrimiento de las poleas de vidrio, ni mas ni menos que otras muchas cosas que han descubierto los españoles, descubrimientos que mueren donde nacen para resucitar mas tarde en el extranjero. Pobre nacion la nuestra!....

Entre las personas á quienes se dirigió Cárlos, se hallaba una que le animó cariñosamente, dándole una carta para un mercader catalan.

Quando entró en casa de su nuevo protector, creyó que habian querido burlarse de él y de su precaria situacion. El mercader á quien iba recomendado, era un traficante en hierro viejo, en calderas rotas y en cazos inservibles, cuyo capital, al parecer, no subía á veinte duros. Luego que se enteró de la carta que le presentó Cárlos, le dijo:

—«Ya vé V., amigo mio, que yo no puedo serle útil por mí mismo; pero tengo un hijo, que, por decirlo así, comenzó como V., y que es mi fortuna y la gloria de mis últimos dias. Este hijo querido se halla al frente de un taller de máquinas en Barcelona, y es preciso que vaya V. á esta ciudad, porque en ninguna otra parte de España existe la industria fabril. Si tiene V. talento, en la capital del Principado podrá utilizarlo; si tiene V. verdadera vocacion por la mecánica, se sabrá de un modo seguro, y V. logrará sus deseos. Voy á dar á V. una carta para mi hijo, que le recibirá bien, porque es un buen muchacho, un antiguo jornalero como V., y lleva el corazon en el rostro.»

Dicho esto, el traficante escribió su carta de recomendacion, sacó de un cofrecito media onza de oro, y dándosela al pobre Cárlos, que se puso colorado de vergüenza, le dijo:

—«Devuelvo á V., mi querido amigo, lo que otros han hecho con mi hijo. Dios guie á V., y le dé fortuna!»

Quando el jóven llegó á Barcelona con su modelo, se dirigió á casa del maquinista, quien le hizo varias preguntas acerca de su obra, convenciéndose bien pronto de que aquel hombre, á pesar de su falta de instruccion, tenia una gran disposicion para el arte de la maquinaria. Despues de un largo exámen del modelo del molino, y otro mucho mayor de su autor, dijo á Cárlos, el cual temblaba como un azogado, y esperaba el resultado de la deliberacion que iba á absolverle ó condenarle:

—«Amigo, es preciso olvidar todo esto: tiene V. una vocacion decidida; pero antes de pasar á la práctica, es necesario estudiar la teoría.»

Cárlos no respondió, y casi se le saltaron las lágrimas.

—«Ya lo veo, repuso el constructor de máquinas: mis palabras afligen á V., porque para estudiar se necesita tiempo y dinero; mas no hay que apurarse. Yo he sido tan pobre y desvalido como V., y he encontrado apoyo; satisfaré á V. pues la deuda que he contraído con otros. Desde hoy trabajará V. en mi taller, yo le daré lecciones particulares, y dentro de poco podrá V. hacer algunas obras, que le proporcionarán si no una gran posición, al menos lo necesario para vivir cómodamente.»

Al cabo de un año nuestro jornalero había hecho tales progresos en matemáticas, que resolvía cualquier problema de álgebra. Gracias á su protector, era tan instruido en teoría como ingenioso y atrevido en la práctica; pero desgraciadamente aquel tuvo que marchar al extranjero, á fin de examinar un nuevo invento, y aunque pensaba volver pronto, mil circunstancias imprevistas le obligaron á prolongar su ausencia. Durante este tiempo, habiendo nuestro mecánico consumido todos sus ahorros, y viendo que su maestro no volvía, no quiso recibir socorro alguno de otras manos, y se dió á trabajar día y noche en la construcción de un nuevo molino.

Encerrado en una pobre casucha, con el estómago vacío, porque no tenía ni aun pan, sin lumbre, porque no tenía leña, tiritando de frío, la cabeza llena de inquietud y de dolor, con la desesperación en el alma, ahogó su natural amor propio, cogió la pluma, y escribió:

«Hermano: en este momento estoy próximo á expirar de necesidad. Sostenme solamente por muy pocos días, y saldré adelante con mi proyecto, labrando mi fortuna é ilustrando nuestro nombre. Ten compasión de tu hermano, y te ahorrarás un remordimiento.»

Respuesta:

«Bien te lo había dicho: tu perseverancia en tus vanidosas ideas causa tu ruina. Razon tenía nuestro pobre padre, cuando pensaba que no harías nada bueno; pero ya que han salido ciertos sus pronósticos, yo á lo menos tendré fuerzas para resistir, y no me arrastrarás en tu pérdida.»

—«Ay! dijo Cárlos, luego que leyó esta carta; ya no me queda otro recurso que morir ó pedir limosna, y como no tengo suficiente valor para mendigar, es preciso morir!»

Y con la cabeza hecha un volcan por el exceso del trabajo, y las entrañas atormentadas del hambre, cayó sin fuerzas sobre su miserable lecho. El exceso del infortunio produce algunas veces la calma, así es que Cárlos se durmió; pero habria una hora que dormía, cuando de repente despierta sobresaltado, salta del lecho, y cayendo de rodillas, exclama:

—«Gracias, Dios mio! gracias! Compadecido de mis desgra-

cias y de las pruebas á que me habeis sometido, habeis querido convertir la corona de espinas en corona de laurel..... Gracias! gracias, gran Dios!.... Habeis tenido piedad del débil, tendiéndole la mano!....»

Después de esta corta oracion, se acercó á la mesa en que trabajaba, y se convenció de que durante su sueño habia hallado la solucion de un problema, que en vano buscaba hacia un mes, para que su máquina fuese útil.

Reconocida por varios célebres maquinistas y por mecánicos de mérito, fué recompensado generosamente, obteniendo un privilegio de invencion. La fama llevó la noticia á su hermano, cuya envidia fué muy grande; pero este no debia ser su único castigo, porque Dios no queria que tanta dureza quedase impune. Un vecino de Santander, de cuya ciudad tanta harina se exporta para las Antillas, colocó un molino conforme al nuevo sistema, cerca del de Luis, y éste, que persistió en su rutina, perdió á los dos años toda su fortuna, muriendo á poco de una grave enfermedad.

Al contaros esta historia, hemos querido haceros ver el poder de una vocacion decidida, con la cual es necesario no confundir la movilidad de espíritu y la inconstancia en las ideas, defecto que lleva á muchos á la casa de los locos y á los hospitales. Tambien hemos querido probaros que si la economía debe ser la regla de toda persona sensata, la dureza de corazon, aunque las leyes no la hayan impuesto pena alguna, es castigada severamente por el justiciero creador del mundo.

T.

HISTORIA SAGRADA.

LOS REYES.

SAUL.

IV.

Muerte de Absalon.

David pasó revista á sus tropas, dividiendo el mando entre Joab, Abisai, y Etaí de Geth, á los cuales dijo:

—Quiero tomar parte en la batalla.

—No, respondieron, no vendreis con nosotros; vos valeis tanto como diez mil hombres, y será mejor que permanezcais en la ciudad para socorrernos en caso necesario.»

El rey vió desfilar por delante de él todo el ejército, y dijo á los que le mandaban:

—Respetad la vida de mi hijo Absalon.»

Cuyas palabras oyó todo el pueblo.

Dada la batalla en el bosque de Ephraim, el ejército de David derrotó completamente al de Israel, quedando en el campo veinte mil hombres.

Absalom, montado en su mula, huía la furia de los vencedores, cuando al pasar por debajo de una frondosa encina, prendiéronse sus cabellos en la rama del árbol, y como la mula continuase su carrera, quedó suspendido en el aire.

Un soldado que lo vió en aquel estado, fué á decir á Joab:

—«He visto á Absalon colgado de una encina.

—Bueno! respondió Joab; con eso presenciars su muerte.»

Y en efecto, atravesó el corazon del principe con tres dardos, y como respirase todavía, diez escuderos acabaron de matarle, arrojando el cadáver en una gran fosa, sobre la cual pusieron un monton de piedras.

Cuando el rey supo la muerte de su hijo, lloró amargamente diciendo:

—«Hijo mio! querido Absalon! que no pudiera dar mi vida por la tuya!»

La victoria se convirtió en luto en todo el ejército, porque todo el pueblo supo que al rey habia afligido profundamente la muerte de Absalon.

V.

Victorias de David.—Consagracion de Salomon.

Muerto Absalon, quiso David dar la vuelta á Jerusalem, y al atravesar el Jordan, vió entre la multitud á un anciano que le habia prestado grandes servicios cuando estaba abandonado por todos los suyos. Aquel hombre, llamado Berzellan, salia á recibir al rey para acompañarle en el paso del Jordan. David le dijo:

—«Venid conmigo, y vivireis tranquilo en Jerusalem.

—No, señor mio, respondió el anciano; tengo mas de ochenta y cuatro años, y mis debilitados sentidos apenas distinguen lo dulce de lo amargo. Dejadme dar la vuelta á mi pais, porque me queda poco tiempo de vida, y quiero que mi cadáver sea enterrado junto á los restos de mi padre y mi madre... Adios, mi señor;

quisiera hallarme en estado de poder serviros; mas ya que así no sea, aquí teneis á mi hijo Chamaan, que es joven y robusto; llevado, y os servirá ni mas ni menos que yo.»

Partió el anciano para su pais, y Chamaan siguió al rey, pasando el Jordan en su compañía.

Toda la tribu de Judá acompañaba al rey, al paso que la gente de Israel no llegaba á la mitad.

Trabóse una querella entre ambas tribus, y un hombre de la tribu de Benjamin, al ver semejante division, indujo al pueblo de Israel á que abandonase al rey.

Seguido este consejo, David volvió á Jerusalem con la tribu de Judá, y al momento envió á Joab con tropas aguerridas para que se apoderase de Seba, que se habia retirado á la ciudad de Abela-Beth-Maacha. Joab le puso sitio, y el traidor no tardó en recibir el castigo de su crimen, porque el pueblo de Israel le abandonó, y arrojó su cabeza desde lo alto de las murallas.

Joab volvió entonces á Jerusalem, y poco tiempo despues David sostuvo guerra prolongada contra los philisteos, á los cuales logró rechazar, librando á Jerusalem de su presencia.

Siendo David muy avanzado en edad, resolvió antes de morir consagrar á su hijo Salomon, á fin de asegurarle el trono de Israel, que queria disputarle un hombre osado y emprendedor llamado Adonías. Ordenó pues que se le presentasen Sadoc, gran sacerdote, el profeta Natham y Benaías, hijo de Joiada, á los cuales dijo:

—«Haced que os acompañen los criados de vuestro rey, que mi hijo Salomon monte en mi mula, y se dirija con vosotros á la fuente de Gihon. Sadoc y Natham le consagrarán rey en aquel sitio, y entonces tocareis la trompeta, gritando viva el rey Salomon!.... Hecho esto, le acompañareis de nuevo, y vendrá á sentarse en mi trono, reinando en mi lugar sobre Israel y Judá.»

Salomon montó en la mula de su padre, y se encaminó á la fuente de Gihon.

El gran sacerdote Sadoc tomó del tabernáculo un cuerno de aceite bendecido, y consagró á Salomon rey de Israel, mientras los que se hallaban allí tocaban la trompeta, gritando: viva el rey Salomon!

Todo el pueblo salió en su busca, manifestando la alegría que sentía, con cánticos que llenaban la tierra.

Cuando Adonías oyó este ruido, preguntó la causa, y luego que la supo, corrió á abrazar el ángulo del altar, diciendo:

—Que el rey Salomon me juré no quitarme la vida.

—Si obra bien, dijo Salomon, nadie le tocará ni á un solo cabello; pero si se conduce mal, morirá sin remedio.»

Con lo cual volvió Adonías á su casa, abandonando sus pretensiones al trono de Israel.